

La verdadera historia del dragón de Sant Jordi

Al principio de los tiempos, cuando las montañas de Cataluña todavía se estaban formando y los ríos buscaban su camino hacia el mar, nació Blauet, un dragón diferente a todos los demás. Sus escamas brillaban con el azul profundo del mar tranquilo, y sus ojos, amarillos como el sol, reflejaban una curiosidad infinita. Mientras los demás dragones acumulaban tesoros y luchaban por territorio, Blauet pasaba los días explorando los bosques, escuchando los cuentos que le contaba el viento y cuidando a los animales pequeños que encontraba heridos.

El pueblo de Montblanc, que se levantaba a los pies de su montaña, no sabía nada de él. Los aldeanos sólo conocían las historias de dragones feroces que robaban y quemaban, y por eso, cuando de vez en cuando oían los pasos pesados de Blauet o veían la sombra de sus alas grandes, corrían a esconderse.

Todo empezó un día de primavera, cuando Blauet, intentando ayudar sin querer, causó una cadena de pequeños desastres. Quería cosechar manzanas para los niños del pueblo, pero con sus grandes garras tumbó el árbol entero. Verás, su gran problema era que no conocía su propia fuerza. Cuando intentó reparar el mal, pisó sin

querer el pozo del pueblo. Y cuando quería secar la ropa mojada después de una tormenta, su soplo, un poco caliente, la quemó.

Los aldeanos, convencidos de que el dragón era una amenaza, llamaron al caballero Sant Jordi. El pobre Blauet, que sólo quería hacer amigos, se quedó muy triste cuando vio llegar al caballero con la lanza hacia arriba.

—¡Espera! —gritó Blauet, pero su voz, fuerte como el trueno, sonó como un rugido. San Jorge, pensando que era un ataque, lanzó la lanza. El dolor fue muy grande cuando el arma atravesó una de sus escamas más pequeñas. De la herida empezó a manar una sangre brillante, y cada gota que tocaba el suelo se transformaba en una rosa roja.

La princesa Elisenda, que lo había observado todo desde una colina cercana, corrió hacia ellos.

—¡Parad, parad! —gritaba mientras agitaba las manos. Cuando llegó, se puso delante de Blauet, protegiéndole.

—Mirad, —dijo, señalando las rosas— su sangre no es como la de los otros dragones. Es mágica, como su corazón.»

San Jorge, sorprendido, bajó el arma. Los aldeanos se acercaron poco a poco, y entonces Blauet, aún temblando, contó su historia. Cómo le gustaba escuchar los ríos, cómo protegía a los pájaros que hacían nido en sus escamas, y cómo, cada noche, se dormía escuchando las fábulas que le contaba la luna.

El pueblo se dio cuenta de que había sido un gran malentendido. En lugar de tener miedo, aprendieron a amar aquel dragón tierno y algo torpe. Y Blauet, por primera vez, sintió que pertenecía a un sitio.

Así nació la tradición. Cada año, el día de Sant Jordi, Blauet permite que el caballero le saque una escama pequeña, sólo una, para que nazcan las rosas más bonitas de todo el país. Y como le da un poco de miedo, los niños del pueblo le leen cuentos mientras Sant Jordi trabaja.

Así es como, desde ese día, el 23 de abril es una fiesta de rosas, libros y, sobre todo, de amistad. Porque a veces, las historias que creemos conocer esconden verdades mucho más dulces. Y el mejor heroísmo, a veces, es saber escuchar antes de actuar.

Y si un día pasas por Montblanc y oyes un ruido suave como un ronquido, quizá sea Blauet, durmiendo al sol, rodeado de rosas y de los cuentos que tanto le gustan.